

rrer el espacio intermedio. Tal costumbre de los campesinos se ha generalizado desde que se universalizó el camino de hierro como medio de transporte. De Berlín a Londres había 22 horas en la época de la civilización prebélica. La distancia se ha aumentado, y hoy se dice que Berlín, sin haber mudado de posición, está más lejos de Londres, que antes de 1914. Como que en efecto lo está, en ése y en muchos otros conceptos. Esto corresponde a una disposición natural del intelecto humano. Las dos nociones de tiempo y de espacio, que son las fundamentales del pensamiento, andan tan ligadas en la mente que el lenguaje no se preocupa de separarlas en la mayor parte de los casos. Aún se ha llegado a sostener que el tiempo no es otra cosa que una cuarta dimensión del espacio, noción que parece estar incrustada en la inteligencia de los que crearon y los que usan a diario el lenguaje humano. No hay para que remontarse a las lenguas clásicas, en una de las cuales *ubi* lo mismo se aplica al tiempo que al espacio. En español abundan los ejemplos de esta inevitable permutación. *Donde* significa espacio y significa tiempo. De lo primero no hay para qué aducir modelos; de lo segundo trae Cuervo en su citado *Diccionario* un buen golpe de ejemplos, lo cual nos ahorra el trabajo de ir a buscarlos a otra parte. «Tiempo hubo... donde ni me acordada de muerte, ni de juicio, ni de otra vida». Granada. «Se llegaba la hora donde me convenía salir de la sima». Cervantes. *Desde, cerca, antes, después*, es refieren también al tiempo o al espacio según la voluntad del escritor o del que hable y otro tanto puede decirse de *hasta*. Ni es esto una peculiaridad del español. *Où, vers, dès, jusqu'à* en francés, se usan con relación a espacio y tiempo; *da y fino* en italiano, lo mismo ocurren en frases que designan tiempo que en expresiones significativas de lugar. Lo propio pasa en las lenguas teutónicas. *Nahe* (cerca) se refiere en alemán a los dos conceptos separadamente. *Naer* es en danés lo cercano en el tiempo y en el espacio. De estas palabras se deriva el sustantivo con que se expresa en alemán y en danés la idea de «vecino». No carece de importancia señalar aquí cómo las palabras de que se hace uso en las lenguas teutónicas para designar la idea de tiempo (*tid*, danés y sueco; *tijd*, holandés; *zit*, antiguo alemán; *zeit*, alemán moderno) provienen de una raíz que significa *extender, estirar*. (Véase Falk og Torp, *Etymologisk Ordbog over det norske og det danske sprog*, Artículo *Tid-Kristiania*, 1901). *Vicinus* y sus derivados en latín lo mismo se aplican a la una idea que a la otra: «taberna vicina», «vicinum bellum»; «mater cuius, dum partui

esset vicina». *Vicinitas* derivado de *vicinus* tiene también doble aplicación. Lo dice Forcellini terminantemente en su Diccionario latino al definir la palabra *vicinitas*: «...refertur etiam tempus». Aunque *vicinus*, por su derivación (*vicus*, en griego *oikos*) sólo parece referirse a espacio, tanto él como sus derivados ensancharon su valor semántico, obedeciendo a la expresada tendencia general del espíritu humano. Las lenguas romances heredaron el doble significado del adjetivo y, evidentemente, la inclinación a amplificar la significación de sus derivados. *Voisin*, en francés, sirve para calificar la noción de tiempo: «Théodoret de meme: en un mot, tous les auteurs du temps ou des temps voisins gardent un pareil silence». (Bossuet, *Défense de l'histoire de variations*, p. 541. Tome VII. París. 1846). *Vicino, vicinanza, appressamento* (de otro origen) guardan en italiano los dos significados de la lengua madre. «Vicino agg. Che é a poca distanza... —accennando a tempo: Siamo vicini a natale (G. Mari, *Vocabolario Hoepli della lingua italiana*, Milano, 1913. p. 2173).

En español *vecino*, adjetivo, significa «cercano, próximo o inmediato en cualquiera línea», según el Diccionario de la Real Academia Española. «En cualquiera línea» debe significar con relación al tiempo, al espacio, a la calidad o mérito de los objetos, o significa un desatino; porque *cercano* ya se sabe que es lo que se halla a la derecha o a la izquierda, arriba o abajo, adelante o atrás, en todas las direcciones que analiza la geometría del espacio. Del resto, nada importa que la Academia convenga en que *vecino* pueda usarse, como en latín, en francés, en italiano y en casi todas las lenguas cultas, en el sentido de próximo, así en el espacio como en el tiempo. No importa, porque, a más de la tendencia universal señalada antes, existe el ejemplo de la conversación diaria y el de los clásicos. Dice Quevedo en su *Sátira contra los viles casados*: «Antes para mi entierro venga el cura—que para desposarme; antes me velen por *vecino* a la muerte y sepultura». (*Obras*, T. IV, p. 547. Madrid. 1772)⁽¹⁾. Y Miguel Sánchez, el Divino: «Ya que humilde marchitas—el color y hermosura—dese rostro divino—a la muerte *vecino*». Miguel Sánchez, *Canción, Ino-*

(1) Ya sé que hay dudas sobre la entera autenticidad de esta poesía de Quevedo. Sé que, de acuerdo con las mejores opiniones, ella fué retocada por un admirador del poeta y así ha llegado hasta nosotros.

Esto no le quita mérito a la cita. Lo que importa es saber que en cierta época la palabra era usual en este sentido. Mientras menos ilustrado el autor y más cercano al habla popular, más vale su testimonio.

cente Cordero. Rivadeneira, T. XVII. Página 39.

De todo lo cual resulta que si *vecino* puede aplicarse en español, como en las lenguas afines, a la noción de espacio y a la de tiempo, no hay razón ninguna para censurar el uso de *vecindad* en los dos significados separadamente. *Vecindad* significa *cercanía* y si se puede decir *cercanía de la muerte, cercanía del invierno*, ¿por qué remota y sutil avenida mental llega el señor A. G. S. a la conclusión de que *vecindad* no puede usarse con relación al tiempo? En rigor, no hay ninguna, sino su capricho, o su voluntad o su gusto. No ha tenido la bondad de explicar las razones en que funda su juicio condenatorio, ni siquiera la condescendencia de acarrear alguna que otra cita de autores contemporáneos o del siglo de oro con el fin de mostrarnos que hay modos más ricos y elegantes de decir lo mismo que él encuentra vituperable en la obra caída bajo el martillo de su severidad. Es hoy de uso corriente «al rededor de esa fecha», «costó al rededor de cien duros», frases en que se ha extendido el uso de «al rededor» al tiempo y a la noción de valor. Es muy favorecida por reporters y gentes de mostrador y empieza a desgastarse con el excesivo uso. Con todo el respeto que debo a la competencia del señor A. G. S., y a la autoridad de la *Revista* en que publica sus notas bibliográficas, tengo que persistir con mucha pena en la creencia de que es posible escribir en castellano sin satisfacer el exquisito y refinado gusto de estas dos entidades. En ésta, como en otras ocasiones, el señor A. G. S., falto de información más adecuada, supone que un giro es reprochable, porque nadie lo ha usado antes. No sé si la palabra *vecindad* se ha aplicado en castellano a designar el tiempo en la forma en que lo he hecho. Si así fuere estaría ufano de haber sido el primero en echar mano de este recurso. Así crecen y se desarrollan o transforman los idiomas. La creación de nuevas metáforas es el muelle vital de las lenguas. Alguno hubo de decir primero que otros «caer en la cuenta», «brillar por su ausencia», «dar con su cuerpo en el suelo», «chiflarse» por volverse loco y otros modismos que proceden de la tendencia general del espíritu humano a asociar ideas y del arduo empeño de los grandes talentos literarios por disociarlas. Los dos procesos contribuyen al engrandecimiento del idioma, que nunca hubiera existido, si el hombre careciera de la facultad de hacer metáforas y de ensanchar su aplicación en el uso cotidiano de las palabras.

(3) «la exactitud de su memoria». Supongo que el señor A. G. S. re-